

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 ld.—La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
 Redacción: Plaza San Agustín, 7.—Administración, Medieras, 4.—Teléfono 237.

Crónicas de la Argentina

Julio Huret, uno de los más eruditos escritores hispano-americanos, ha observado en la República del Plata este contraste singular: al lado de su riqueza inverosímil y de un pasmoso desarrollo material, el más burdo y vulgar utilitarismo, el predominio insolente del dinero, el menosprecio del talento y una absoluta incapacidad sentimental.

No es posible departir cinco minutos con un argentino—nos asegura Huret—sin que sus labios pronuncien la palabra peso.

Su conversación—agrega—gira siempre alrededor de la próxima lluvia, de la calidad de los caballos, del precio del grano y del producido de las cosechas.

Lo propio afirma en un libro exquisito Santiago Rusiñol. Y un célebre profesor del Uruguay, en artículo reciente, se muestra temeroso de que Buenos Aires, cuna de Sarmiento y Ameghino—dos luminares en la hosca noche nacional—legue a ser con el andar del tiempo una vasta metrópoli de mercaderes desprovistos de delicadeza y huérfanos de idealidad.

Julio Huret —ya lo hemos dicho—es un espíritu imparcial y una conciencia honrada. Por eso nos inspira confianza sus apreciaciones, que ostentan el sello de la sinceridad. Y como no le mueve el afán de la lisonja ni le cohibe el miedo de provocar escoreros, se abiene de mutilar el pensamiento y expresa íntegra y sin veladuras la verdad.

Huret es pródigo de la crítica y en el elogio. Acaricia y golpea. Admirador entusiasta de la enorme obra de progreso realizada por la República Argentina en el espacio de unos cuantos lustros, es también un censor inmisericorde de las taras y vicios constitucionales de aquel opuléntísimo país. Y esas úlceras morales, el autor las exhibe con franqueza y aplica en ellas el cauterio con la serena crueldad de un cirujano.

Para la Argentina comercial y agrícola que cultiva la tierra, tiene rieles a lo largo del desierto, construye canales y levanta puentes, amasa fortunas fabulosas, somete los indígenas del Chaco y envía falanges de trabajadores a las soledades del Chubut. Huret no tiene nada más que aplausos fervorosos en la punta de su pluma.

En cambio, sobre la Argentina de costumbres políticas equívocas, devorada por groseros apetitos, adoradora del becerro de oro y hostil e indiferente con las manifestaciones de la inteligencia, el cronista de París fulmina airado el rayo de su indignación.

Leed, si no, estos párrafos juvenalescos.

«La política se trata en la Argentina como un negocio. Los partidos pagan sus hombres, sus sufragios, sus anuncios y su propaganda. En realidad, el sistema republicano democrático no existe en el país. Este es dirigido por una oligarquía fraccionada en colectividad sin programas que se disputan y buscan alternativamente la presidencia, a fin de poder distribuir favores y destinos durante seis años.

La política se reduce así a una política personal y de partido. No se forman grupos para sostener un principio o una doctrina, sino partidarios de éste o de aquél. Y como todos tienen las mismas ideas ó, mejor, la misma carencia de ideas, los adversarios no son enemigos ni poco ni mucho.

Si las elecciones en general se

efectúan en medio de la más profunda indiferencia de la nación, que sabe perfectamente que su voto será inútil y que los diputados son elegidos de antemano, la proximidad de una elección presidencial no deja de despertar las pasiones. Pero no más allá de lo razonable, sin embargo, pues se sabe también que el presidente es elegido por su antecesor».

El sufragio, base fundamental del régimen republicano, en la Argentina no es más que una farsa indecorosa y un tráfico degradante, si hemos de dar crédito al Sr. Huret. He aquí la pintoresca descripción de un día de elecciones en la capital.

«El escrutinio se verifica en el atrio de las iglesias. Los sufragantes van llegando, con su papeleta en la mano. Los interventores de cada partido las reconocen perfectamente, por su forma ó por un signo cualquiera. Y cada veinte minutos envían a la Oficina Central la evaluación de los votos favorables a su candidato.

Los votos son inscritos en un cuadro, alternandolos, naturalmente, a fin de animar a los vacilantes.

A partir del medio día, los vendedores de votos se presentan por cuadrillas y discuten el recio.

—Somos treinta... ¿Cuánto nos dáis?

—Veinte pesos. Vamos bien. No necesitamos vuestros votos. Pero ya que son ustedes amigos... ofrezco veinte pesos.

—¡Veinte pesos! Nos toma usted por indios.

Y los vendedores se van en busca de los agentes del bando contrario, con la esperanza de una puja mayor.

Cuando la elección marcha bien, titubean los agentes y ofrecen precios bajos.

Si, por el contrario, marcha mal, transigen.

Entonces se entrega a cada uno de los electores una señal, el retrato del candidato, por ejemplo.

Provisos de él, van a una Caja especial, donde los agentes les pagan inmediatamente.»

Habla Huret del desreño de la Administración y hace la fotografía de ciertos funcionarios políticos. Y escribe:

«Se ocupa tanta gente de política y de elecciones que—terminada la campaña—hay que buscar para ella una sinécure en recompensa de sus servicios. Esos perezosos, famélicos é inútiles, gravan considerablemente el tesoro de las provincias, de las ciudades y del Estado. Y los hay por millares. Su incapacidad corre parejas con su jactancia y holgazanería. Esos sujetos ineptos son, sin embargo, objeto por parte del Gobierno de una benignidad desconocida en Europa.

No sólo está reducida al minimum su tarea, si que en los Ministerios en que se hallan colocados el fisco les paga por la tarde el té, el café y a veces otras cosas...»

No es menos implacable Huret cuando estudia la vida social de la Argentina. En Buenos Aires—dice—«a despecho de su magnificencia exterior, persisten todavía resabios de parroquia, rancios convencionalismos y preocupaciones absurdas.» Y cita en seguida en apoyo de su aserto incidentes muy curiosos. Un día, por ejemplo, las damas de la aristocracia se confabulan contra un empresario de teatros que anunció en los carteles la «Salomé» del venturoso Oscar Wilde. Más tarde se niegan a asistir a la representación de la «Bata encarnada» porque en una de las escenas de la obra Susana Després debía pronunciar estas palabras: «El

hijo que he llevado en mis entrañas». Y a Frégoli se le prohíbe presentarse en el proscenio vestido de bailarín, acto que las matronas porteñas consideran escandaloso é inmoral.

Al relatar esos detalles, Huret sonríe compasivamente. Nosotros, valga la verdad, no acertamos a explicarnos tan ridícula gazmoñería en una urbe de millón y medio de habitantes la mayor parte europeos.

Terminado el capítulo de los reproches, Huret desaborrasca el ceño y empuña el incensario. A fuer de justiciero se propone demostrar-nos que, como contrapeso de las exageraciones apuntadas—que no son más que vestigios malhadados de la rígida educación colonial—hay en el fondo del alma de la mujer argentina un tesoro inagotable de cualidades y virtudes. Casada—sienta Huret—es arquetipo de abnegación y lealtad: el adulterio la horroriza. Soltera, es un modelo de pureza, dulzura y candorosa. En el santuario del hogar es ala que protege, arrullo que consuela, sonrisa que ilumina y calor que vivifica. Es noble, tierna, sensitiva, discreta...

Esperemos, por ende, que el íntimo contacto de esa sedante poesía mitigará a la postre la fiebre sordida de lucro que aqueja al elemento masculino... y hará brotar flores de ensueño en las aridesces del mercantilismo nacional.

Buenos Aires, Marzo 1914.
 Luis Trigueros.

Conferencia

Madrid 15-9 m.

Conferenciaron extensamente, el ministro de Estado y los Embajadores de Inglaterra y Francia.

Estudiarán detenidamente el proyecto de Estatuto para Tánger.

Para EL ECO DE CARTAGENA

¡Desterrado!

Lejos del hogar querido me dicen que eres dichosa, olvidando el dulce nido en donde escuché tu oído la primer frase amorosa.

Dicen que no piensas ya en quien de amores muriendo solitario y triste está, en quien tu ausencia sufriendo te esperó y te esperará.

Eso dicen sin razón, que es ligereza decir, que breves ó falsos son, recuerdos que han de vivir por siempre en tu corazón.

A tus deberes sumisa cruzarás tierras y mares, siendo acaso tu sonrisa máscara de tus pesares, pero máscara precisa.

Incienso de aduladores. el brillo no han de ocultar de aquellas hermosas flores que perfuman sin cesar el templo de tus amores.

Tus ojos se han de volver hacia esta tierra querida, tierra que te vió nacer y que fué la preferida de tus sueños de placer.

Aquí dichosa te ví, y la niñez con su encanto te ofreció su altar aquí, aquí se vertió tu llanto que en mis labios recogí.

¿Te acuerdas de aquellos días

que deslizando fueron entre dulces alegrías, ó entre sombras se envolvieron de tiernas melancollas?

Torna, torna a recordar nuestro jardín delicioso, en donde tuvo su altar aquel idio amoroso que no es posible olvidar.

Contigo lo recorrí en las horas deliciosas que no se borran de mí, besando las frescas rosas que cortaba para tí.

Recuerda siempre, alma mía, aquellas largas veladas en que yo te refería cien leyendas olvidadas, trovas de mi fantasía.

Y cómo mi corazón ocultaba sus pesares, renaciendo mi ilusión al rumor de tus cantares, al eco de tu canción.

Aún flota en este aposento y me anima en mi tristeza, aquel santo juramento que me mostró la grandeza de tu alma y tu pensamiento.

Aún me dan sus claridades aquellos mudos testigos de pasadas realidades, que hoy son los solos amigos que alegan mis soledades.

Hay un pájaro cantor que en tu ausencia te reclama, que adivina mi dolor, y que te nombra y te llama entre sus trinos de amor.

Retorna al hogar amado, vuelve pronto, amada mía, á tu nido abandonado, ¡haz que vuelva la alegría que tu ausencia me ha robado!

Nunca en tu olvido creí, que una secreta ilusión me dice que sueña en tí, que vive en tu corazón y que él vive para mí.

Narciso Díaz de Escovar.

De San Fernando

Madrid 15-9 m.

Comunican de San Fernando que aumenta el malestar del vecindario por seguir el despidio de los obreros del Arsenal de la Carraca.

Solo quedan 380.

Hoy cerrará el comercio, realizándose una manifestación de protesta.

Cartagena religiosa

El próximo día diez y ocho del actual dará principio en la iglesia parroquial de Santa María de Gracia, el solemne novenario que en honor del Santísimo Sacramento dedica anualmente la Ilustre Asociación del Santísimo Sacramento.

El novenario se celebrará en la siguiente forma:

Todas las mañanas á las nueve y media Himno y Tercia cantada, exponiendo S. M. D. y después de las misas se leera la Novena.

A las once y doce también se celebrará el Santo Sacrificio de la Misa.

Por la tarde á las seis y media será la Novena Solemne, con los ejercicios del día y Sermón, é Himno oficial del Congreso Eucarístico.

Durante las noches de tan solemne novenario ocupará la sagrada Catedra el doctoral de la Catedral de Orihuela, M. Y. Sr. Doctor Gaspar Archent Abellán.

El día ventiseis último de la Novena á las siete y media de la mañana será la Misa de Comunión general y á las diez la solemnisima misa cantada á toda orquesta, y predicando el orador sagrado Sr. Archent Abellán.

En honor de D. Ricardo Codorná

Suscripción popular para regalar las insignias de la Gran Cruz del Mérito Agrícola al Excmo. Sr. don Ricardo Codorná.

	Ptas.
Suma anterior	68
Don Antonio Oliver	2
• Camilo Calamari	2
• Justo Aznar	2
• Francisco Bosch Montaner	2
• Vicente Bosch	2
Total: ptas	78

(Continuará).

RASGÜÑOS

¡Abajo Talia!

Escritores brillantes, literatos eminentes, defienden la inferioridad, predicen la desaparición del arte dramático.

Apoyan tales asertos en el mérito convencional, en la vida efímera, en el fastuoso dominio, en el brusco tránsito de las obras escénicas, y en la sugestiva y perniciosa comunión del público, gran consagrador de leyendas, falacias, equívocos y errores ruidosos.

Indudablemente, el teatro es el instrumento más poderoso de la perfidia y de la captación, el auxiliar más persuasivo de la mentira y de la labricidad; y al mismo tiempo es el propagandista más irresistible de los ideales innovadores, el apóstol más vehemente de las conquistas inmorales y el más fervoroso adulador de los instintos escitados de las muchedumbres.

Leo en la soledad mis poemas ó mis prosietas favoritos, y en el recogimiento de mi espíritu, en la independencia de mi juicio, me siento poseído de mi propia libertad. Nadie turba la serenidad de mi criterio, ni nada, extraño al libro, regula la intensidad de mi emoción ingenua y espontánea.

Contemplo, ensimismado, un cuadro, examino atentamente una escultura, y me complazco, me deleito en el estudio detenido, en la admiración íntima, sin que mi voluntad se entregue vendida á inesperados placeres ó á violentos dolores, y sin que mi opinión sea arrebatada por la equiescencia agena ó impuesta por un contagioso asombro colectivo.

Este aislamiento, esta superioridad, de que dispongo al recluirme en mi pensamiento, no me son permitidos, ni respetados, al desvanecerse mi personalidad entre los espectadores de un teatro. Actúan sobre mí entumecimiento y sobre mi corazón, agentes efusivos, pródigos, hábiles, que me subyugan, me dominan y me inutilizan: el autor efectista, dueño de los resortes mecánicos del oficio, me conduce, de sorpresa en sorpresa y de traición en traición, al imprevisto, espetuzante desenlace; el actor genial interpreta las situaciones, infundiendo, acaso, el soplo de realidad, el vigor de vida, que faltan al original impreciso; el auditorio, sobre cogido ó alucinado, ruge con el protagonista, increpa al Judas, se adelanta á la explosión de la catástrofe y goza de su inlincias, aplaude delirante el triunfo de la virtud, y escaramece, hasta enronquecer, el ingenio del vicio.

«Quién no sucumbe en este desierto de pasiones, de aptitudes, y de influencias irrefutables? Un raptó de inspiración del protagonista provoca el frenesí de sus admiradores, y decide el éxito de un estreno. El más nimio detalle, la más pueril casualidad, contribuyen á la victoria de un ilustre desconocido. Poetas eximios saborean la hiel del fracaso. Simples é incultos peñitos—escénicos se cubren de gloria.

El arte teatral es depresivo, deficiente, incorrecto. Sin accidentes, no lograría persistir. Prosigue, gracias á su inmensa publicidad, á sus pujos oratorios, al movimiento precipitado é impulsivo de la acción, al auxilio que le prestan, adulterándose, las demás artes, al espejuelo de la ficción, al artificio de la trama.

A. B. C.

La bandera del Bustamante

En el establecimiento de muebles de lujo que en la calle de la Marina Española tiene nuestro querido amigo D. Andrés Plazas, está expuesta al público la hermosa bandera de combate que por suscripción popular regala Cartagena á dicho nuevo barco de guerra de la armada española.

Teatro Principal

El próximo día 25 abrirá nuevamente sus puertas este coliseo, teniendo lugar el debut de la notable compañía fantástica y original de las celebridades mundiales Mlle. Patermo y Chefaló.

El espectáculo que presentan estos artistas, es lo mejor que hasta hoy se ha visto en trabajos de escamoteo y prestidigitación, siendo verdaderamente prodigiosos é inexplicables los trucos que realizan.

La nota saliente del trabajo de esta compañía es la amenidad en todos los programas que ejecutan.

La presentación es verdaderamente espléndida: trajes y decorados son preciosos y los muebles y aparatos, tan numerosos como artísticos.

También se exhibirán notables y preciosas películas de las mejores casas extranjeras y nacionales.

De Marina

Madrid 15-9 m.

Insistese en que el ministro de Marina presentará á las Cortes un proyecto de ley, estableciendo el servicio militar obligatorio en la Armada.

El general Miranda, hablando con los periodistas, nos dijo que el agenciado despidio de obreros del Arsenal de Cartagena, no le afecta en nada, porque es privativo de las Juntas técnicas de los Arsenales.

Entremeses

«El Porvenir» toma en serio un telegrama que publica «España Nueva» sobre los actos que recientemente se han celebrado en Cartagena, y pide á los Vasos, que es lo mismo que pedir peras al olmo, que manifiesten si es cierto ó no lo que acerca de ese asunto dijo el periódico de la calle de los Cuatro Santos.

¿Pero acaso ignora que el correspondiente de «España Nueva» es el propio interesado?

Colega, no hagas caso de esos infundios, propios del despecho.

Ese telegrama es igual á los que dirigen á los periódicos algunos